



*Del castillo de Javier
a la isla de Shangchuan*

Tomás E. Gómez Alvarez-Arenas perteneciente a la CVX-España traza un puente desde la tierra natal de Francisco Javier en Navarra hasta la isla de Shangchuan donde murió.

a
r
i-
i-
ur
i-
la
e-
ar
?

Cuando el pasado mes de Agosto, tras la celebración de la Asamblea Mundial de la CVX en Hong Kong, nuestros pies pisaron la isla de Shangchuan, lugar donde murió S. Francisco Javier, puedo decir que mi corazón se hallaba profundamente conmovido. La experiencia de la asamblea mundial, aún reciente en todos nosotros, los retos futuros que empezábamos a vislumbrar, y los recuerdos lejanos, en el espacio que no en el tiempo, del castillo donde nació Javier en Navarra (España), confluían en mí mientras paseábamos por la playa que fue testigo del último aliento de este gran apóstol de la fe que fue S. Francisco Javier. Allí, este gran hombre al que aprendí a admirar y a querer ya en mi infancia, soñó la última de sus grandes empresas: Conquistar China para Cristo. La política china, ya en aquellos tiempos, convertía aquel

país en un lugar prácticamente inaccesible para los extranjeros que se aproximaban a sus fronteras, al mismo tiempo que su desarrollo cultural lo convertía en el principal centro de influencia del extremo oriente. Para Javier estaba claro, convertir China a Cristo significaría convertir las demás naciones de aquella parte del mundo sobre las que este país ejercía un notable influjo. Como él mismo escribiese a sus compañeros en Europa:

*“Creo que este año de 52 iré allá donde está el Rey de la China, porque se puede mucho acrecentar la ley de nuestro Señor Jesucristo y si ahí la recibiesen, sería grande ayuda para que en Japón desconfiaran de las sectas en que creen”*¹

¡El sí que entendió la urgencia de trabajar por el Reino y la necesidad de buscar el bien más universal!

Atrás, muy atrás quedaba el castillo de su familia en el pueblecito navarro de Javier en el que él había nacido 46 años antes. Lugar que ahora es centro de peregrinaciones y referencia obligada en la fe sincera y sencilla del pueblo navarro. Hasta allí, llegan todos los años miles de peregrinos durante la popular “Javierada”, en

lo que se convierte en principal punto de encuentro con la especial personalidad de este santo. Para mí, como para otros muchos, un recuerdo indeleble de la cuna de Javier es un Cristo en cruz, tallado en madera, policromado y que muestra una suave y cautivadora sonrisa (*ver página 11*). Ante él, según cuenta la tradición, oró en su infancia Francisco Javier y sólo su muerte, a miles de kilómetros de allí empañó esa sonrisa e hizo llorar sangre al Cristo sonriente del castillo de Javier, ése mismo día que Francisco Javier moría en las lejanas playas de la isla de Shangchuan. Desde allá, desde Javier, siempre imaginé al santo recorriendo medio mundo, buscando incansablemente la conversión de los paganos, y yendo a morir finalmente exhausto, pero en la flor de la vida al otro extremo del mundo.

Y he aquí, que después de unos años, y tras la celebración de la asamblea mundial de la CVX en Hong Kong, tuve la oportunidad de ir de peregrinación a la isla de Shangchuan, al lugar donde Francisco Javier fue a morir. La comunidad de Hong Kong había invitado a los delegados en la asamblea a participar, al finalizar ésta, en dicha peregrinación. La

¹ S. Francisco Javier a sus compañeros en Europa, Cochín 29 de Enero de 1552.



ocasión era única, ya que la cercanía (a poco más de 200 kilómetros de Hong Kong) permitía llegar allá en poco tiempo.

Nuestro primer objetivo fue el lugar donde dice la tradición que Francisco Javier murió. El paseo por aquella playa, contemplando la inalcanzable China en el horizonte a apenas media hora de barco ¡tan cerca, pero también tan lejos!, el contacto que nos proporcionaron con la iglesia de China, la inmensa pobreza que nos rodeaba, el recuerdo profundo de mis experiencias de adolescente en la "Javierada" y el fuerte impacto de la asamblea de Hong Kong hicieron de aquellos dos días una experiencia inolvidable y un profundo reto para la transmisión del contenido de la asamblea de Hong Kong a mi comunidad, la CVX de España.

Como no fue casual que S. Francisco Javier muriese en la isla de Shangchuan, él tenía muy claro que había que convertir a China para Cristo aunque en ello le fuera la vida, no fue casual que acabáramos nuestra estancia en Hong Kong con una peregrinación a aquel lugar. La asamblea mundial había dejado en nosotros la inquietud de mirar desde la CVX más de cerca a la realidad, de dejarnos interpelar por ella. La

necesidad de trabajar por eliminar las raíces y las causas de los males, las injusticias y la opresión en el mundo en el que vivimos y la urgencia de trabajar coordinados, en comunidad dentro y fuera de la CVX, integrados en el mundo en el que nos movemos. La referencia para todo esto: los que más sufren, los más oprimidos, el bien más universal, y las necesidades más apremiantes.

Desde luego que Francisco Javier no fue ajeno a todo esto, ¡todo lo contrario! Mirándole a él podemos aprender mucho de cómo hacer realidad los retos que hemos experimentado en Hong Kong. El no fue un francotirador, sino que ante todo, cabe destacar de su obra la gran organización misionera que iba dejando tras de sí. El sí que supo mirar el mundo que le rodeaba y buscar las necesidades más urgentes y las tareas que aportarían un bien mayor. El sí que vivió a fondo la espiritualidad emergente de los Ejercicios Espirituales.

Con estos deseos y esta petición de que se nos conceda un celo apostólico similar al de Javier, recorrí la playa de Shangchuan junto con mis compañeros de peregrinación de toda la CVX del mundo. El escenario, muy parecido al que hace casi 500 años

antes había conocido el santo, al fondo, en una pequeña ermita, donde estuvo enterrado durante años, celebramos la eucaristía. Si algo ha supuesto también esta peregrinación, esto ha sido un contacto con la Iglesia sufriente de la República Popular China. Conocerlos más de cerca, ver y sentir sus dificultades, sus limitaciones, pero también su gran fe.

Abrirse a otras realidades ayuda a ver con más claridad la propia. Conocer la realidad de la iglesia china, fue también un volver a contemplar, pero con otros ojos, la realidad de España, la realidad Europea. La necesidad de no enredarnos por el camino y de ir a lo fundamental, tener las cosas claras y luchar por ellas.

En una sociedad en democracia la necesidad de participar activamente por extender los valores del Reino desde las especiales oportunidades que este tipo de gobierno ofrece. En una sociedad acomodada, luchar por los intereses y necesidades de los más desfavorecidos, de los más olvidados. En un continente europeo que empieza a organizarse, la necesidad de estar presentes en la construcción de una sociedad mejor.

También Francisco Javier se acordaba de Europa desde la lejanía de las tierras orientales y urgía a sus compañeros a emplearse a fondo en tanto trabajo como hay y a no enredarse en cosas secundarias. Como él mismo decía:

*"Muchas veces me mueve pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas: ¡cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos"*².

Su deseo vehemente es también hoy para nosotros una muy especial llamada después del mensaje que nos ha dejado la asamblea de Hong Kong. Sus palabras de ayer deben resonar de forma especial hoy en nuestros corazones y en nuestras comunidades.

Nuestra peregrinación acabó con un viaje a la ciudad de Jiangmen, y un contacto con algunas religiosas y algunos sacerdotes chinos. Este era otro de los motivos para entrar en China tras la celebración de la asamblea mun-

² S. Francisco Javier a sus compañeros en Roma, Cochín 15 de Enero de 1544.

cial. Para ellos supuso un abrirse al mundo exterior del que tanto tiempo han estado aislados, para nosotros, y para mí supuso conocer no sólo la situación de la iglesia católica en China, sino también descubrir el gran compromiso que la comunidad de Hong Kong posee con sus hermanos en el continente próximo. Fue el último testimonio de la comunidad que nos había albergado durante la celebración de la asamblea mundial. Pediremos siempre por la Iglesia de China así como por nuestros hermanos y hermanas de Hong Kong que tanto hicieron por nosotros y a quienes debemos tanto.

Para mí, acabar la asamblea mundial de la CVX en la isla de Shangchuan ha tenido un significado muy especial. No sólo por la experiencia vivida en Hong Kong sino también por la especial importancia que en mí ha tenido el conocer desde muy joven la figura y la vida de S. Francisco Javier. Ha sido la confirmación definitiva de lo vivido en Hong Kong y sido luz para ver el camino a seguir para llevar a buen puerto los retos que allí hemos experimentado.

El anagrama de esta pasada asamblea consistía en una gran

“C” de CVX que englobaba a un mapa mundi en donde ha prendido una llama con una cruz en el centro. Llama que no es más que el fuego que Cristo ha venido a traernos y que desea que prenda toda la tierra. Esta llama surge, en esta ocasión, desde el sudeste asiático, en clara referencia a lo que la asamblea de CVX debe ser: el comienzo del gran incendio que es el llevar la buena nueva del Reino a toda la humanidad.

Hubo un día en el que esta llama surgió del Castillo de Javier, y que pasando por París y por Roma fue a parar a la remota isla de Shangchuan, ante las puertas de China, habiendo dejado por el camino todo un reguero del fuego que él llevaba en el corazón: el amor de Cristo. Hoy se nos invita al camino inverso, partimos de Hong Kong, con el corazón encendido de deseos de convertir a la CVX en un instrumento cada vez más efectivo para hacer realidad la buena nueva de la llegada del Reino de Dios, y se nos ofrece el mundo entero como campo de misión. ¡Que nos dejemos enseñar por este gran misionero que fue S. Francisco Javier y que seamos de verdad una Comunidad en Misión!